

José Pedro Barrán fue una persona que generosamente me honró con su amistad. Del mismo modo me honran Gerardo, Daniel Gil y Marcelo Viñar que conjuraron la trama que me a traído hoy aquí y les agradezco, como agradezco a la Universidad de la República y a la Editorial Banda Oriental su apoyo.

Encontré a José Pedro Barrán por vez primera, creo, en casa de esos maravillosos anfitriones que eran Blanca Paris y Juan Oddone y a partir de allí muchas veces volvimos a encontrarnos en Montevideo y en Las Flores, durante más de veinte años, en ocasiones bajo la sombra de un tilo y conversamos sobre tantos temas, personales, políticos, profesionales. A veces estábamos de acuerdo y otras en desacuerdo sin que eso tuviera, en el fondo, importancia. Puedo decir que lo conocí bastante bien (hasta donde podemos conocer a otra persona aún la más cercana) y que lo quise mucho.

Hoy me toca hablar de él y por esas cosas de la sensibilidad civilizada o por hábitos profesionales hablaré solamente de una de las muchas personalidades de Barrán: el historiador. Se que hay personas aquí más competentes que yo para hacerlo, personas que conocen mucho mejor la historia y la historiografía uruguaya y espero que sean generosas con mis inexactitudes.

Como aprendí alguna vez que nuestro mejor instrumento de comprensión es el conocimiento directo o mejor aún, la experiencia vivida, cuando ello es posible. Empezaré entonces por describir aquello que yo veía y escuchaba del Barrán pensador. Y se cuanto lamento no haberle preguntado tantas otras cosas, pero es difícil tratar a los amigos como fuentes.

Ante todo señalaría que tenía aquella virtud que siempre tienen los grandes historiadores, sabía muchas cosas. Nuestra disciplina es siempre un poco hija de Bouvard y Pécuchet o en otros términos, menos irónicos o autoirónicos, más extensiva que intensiva. Sabía tantas cosas del pasado uruguayo y a menudo recordaba en la conversación algo que había visto o leído en algún testimonio del pasado. Sin embargo también sabía de tantas otras cosas, literatura y música ante todo y, en especial la primera, proveía también ejemplos apropiados para la conversación. Era así lo que llamaríamos un erudito o porqué no, empleando una

palabra más antigua, un sabio. No había leído tal vez las últimas novedades producidas en el Boulevard Raspail pero ¿era ello importante? Veremos que no.

Asimismo, haciendo suya aquella observación famosa de Pirenne a Bloch, le interesaba en igual grado el presente, ante todo el uruguayo luego los otros.

Procediendo por contigüidad señalaría que sabía tantas cosas porque era un omnívoro lector. Y siempre estaba con algún libro entre manos, hábito según me contó adquirido ya en la adolescencia. Y si no estaba leyendo estaba escribiendo, incluso en las mañanas de sus vacaciones allá en Las Flores. Era así un infatigable trabajador según correspondía, como escribió en un libro famoso del que hablaremos luego, a la sensibilidad “civilizada”.

Era asimismo, virtud más infrecuente en personas exitosas, alguien que sabía escuchar y no solamente ello sino que sopesaba las opiniones diversas y de algún modo las hacía suyas para mejor discutir las. En suma, otra gran virtud, el espíritu crítico que es ante todo autocrítico.

Era también agudo e ingenioso, algo todavía más raro entre los cultores del gremio. Sus comentarios tenían esa originalidad que reposa en un espíritu libre y no dogmático y en una voluntad de complejizar los problemas mirando la cuestión desde distintos ángulos. Complejizar era también admitir que el presente era solamente uno de los pasados posibles.

Era además una persona muy generosa, algo también raro y mi testimonio puede ser rápidamente corroborado mirando la estructura de notas de sus libros donde aparecen una y otra vez los agradecimientos y reconocimientos hacia aquellos que le habían indicado una lectura o le habían sugerido la existencia de un documento. Pero también era generoso con las opiniones diferentes y a veces callaba sin otorgar y, aún más, carente de divismo, era capaz de ir a un congreso o a un curso y sentarse a escuchar a otros.

Finalmente era una persona apasionada. Esa pasión que emergía detrás de la timidez y que su mirada reflejaba tan bien. “Rigor y pasión” he ahí una frase que no por conocida deja de ser eficaz y tan pertinente en su caso. “Rigor y pasión” He ahí, una síntesis de Barrán.

Ese era, esquemáticamente, el Barrán historiador que conocí. Luego estaba el Barrán que leí. He escrito en el libro que hoy presenta Banda Oriental acerca de ello y no quiero repetirme. Solo recordaré que descubrí y aprecié mi primer Barrán y Nahum siendo estudiante de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en la primera mitad de los años setenta.

En cualquier caso quisiera detenerme hoy solamente en una obra, los dos volúmenes de la “Historia de la sensibilidad en el Uruguay”, publicados originalmente en 1989 y 1990. No sé si es el mejor libro de Barrán, si sé que es un libro emblemático de una época y a la vez un libro en el que se dan dos tránsitos, el primero es el pasaje de la coautoría con Benjamín Nahum a la labor unipersonal (anticipada episódicamente antes) y el otro, el del pasaje de una historia socio económica política a otra que quizás pudiéramos llamar cultural o socio cultural. Ese mismo tránsito se percibe muy bien comparando el tomo 1 y el tomo 2, aunque mis observaciones sean en este punto diferentes a las que el mismo Barrán propuso para distinguirlos. En el primero permanece todavía la aspiración a una historia “total” y todo comienza con la demografía y la utilización de la cuantificación (que estaba cayendo en desuso en otros contextos desde poco antes). Nótese que no hay cuadros en el tomo 2.

Un libro emblemático y me gustaría atreverme a llamarlo un “clásico”. Conozco todas las dificultades que encierra el término desde que Aulo Gelio lo formuló en el siglo II d.c., en “las noches áticas”, *scriptor classicus non proletarius* (donde el *scriptor proletarius* era Cayo Julio Cesar, lo que implicaba claro está una definición por el estilo). He repasado muchas de las definiciones desde la clásica de Sainte Beuve, “Un verdadero clásico, como me gustaría definirlo es un autor que ha enriquecido el espíritu humano, que ha llevado a realizar un paso más, que ha descubierto cualquier moral inequívoca o ha retomado cualquier pasión eterna dentro de este corazón donde todo parecía conocido y explorado. O aquella de Borges: “Clásico es aquel libro que una nación o un grupo de naciones o el largo tiempo han decidido leer como si en sus páginas todo fuera deliberado, fatal, profundo como el cosmos y capaz de interpretaciones sin término...Clásico no es un libro que necesariamente posee tales o cuales méritos, es un libro que las

generaciones de los hombres, urgidas por diversas razones, leen con previo fervor y con una misteriosa lealtad”. Definición esta que se acerca a la que yo busco aquí. Como lo es aquella entre las 14 que propone Italo Calvino: “los clásicos son los libros que ejercen una influencia particular ya sea cuando se imponen como inolvidables, ya sea cuando se esconden en los pliegues de la memoria mimetizándose con el inconsciente colectivo o individual”

En cualquier caso, como el mismo Calvino reconoce, no hay ninguna definición posible de que es un “clásico” que no sea una definición individual. “No queda más que inventarse cada uno una biblioteca ideal de sus clásicos” Como todos ustedes saben, Juan Pivel Devoto, inventó aquí en Uruguay la suya en su célebre colección. Yo más audaz voy a proponer la mía, acotada a la historiografía y cuya única ventaja es su brevedad, entre los cuales quiero incluir la “Historia de la sensibilidad” y vuelvo a insistir en el carácter a la vez emblemático de las obras elegidas y en lo arbitrario de mi elección. No sostengo que sea la mejor obra de Barrán apenas sostengo que es la mas ejemplar. Me gusta imaginar que Barrán hubiera compartido mis gustos, excluyéndose el mismo de la selección propuesta

Coloquemos esa obra en perspectiva con otros clásicos de mi cosecha. Creo que habrá bastante consenso historiográfico en que la “Historia de la dominación española en el Uruguay” de Francisco Bauzá es el primer clásico de la historiografía uruguaya (con perdón de Real de Azúa). No lo fue por el carácter innovador de la propuesta historiográfica sino porque a su modo ocupó un lugar que debía ser ocupado en el Uruguay como en otros contextos. Fue la de Bauzá la clásica operación historicista de singularización e individualización en el devenir, articulada con el mito fundador de un estado nacional. No se si el historicismo, del que Bauzá fue un emblema para el caso uruguayo, fue como sostuvo ese gran historiador que fue Friederich Meinecke, una gran revolución del espíritu humano, si se que fue una de las grandes novedades del pensamiento del siglo XIX, en torno a las cual se constituyó la historiografía moderna. Quizás le quedaría bien a Bauzá la definición del historiador nacional, como lo fue Mitre entre nosotros, Michelet en Francia o, en su madurez, Droysen en Alemania. Fue también el

historiador de un momento, de una época del Uruguay, aquella del militarismo, como señaló alguna vez Gerardo, en la que intentaba afirmarse un estado. Y fue una historia nacional porque el enunciador de la misma aparecía reuniendo en su persona las grandes tradiciones contrapuestas del siglo XIX uruguayo.

Creo que habrá más discusiones en mi elección de la “Historia de los partidos políticos en el Uruguay” de Juan Pivel Devoto como otro clásico de la historiografía uruguaya. Ciertamente Pivel no era, como tampoco lo era Bauzá, un innovador en términos metodológicos, incluso comparado con el caso argentino. Era un puro ejemplo de la historia erudita y en buena medida su operación era también y todavía una operación a la manera del historicismo del siglo XIX (aquí las notas a pie de página de numerosas fuentes primarias hacen una diferencia formal no sustancial). Y sin embargo, su interpretación del siglo XIX uruguayo era sumamente original. Esa capacidad de poner en el centro la política y la legislación electoral, las divisas y los partidos y a su vez brindar una interpretación (y un juicio) que atravesaba esas dicotomías y esas formas y construía otras organizadas en torno, por ejemplo, a doctores y caudillos, era enteramente original, en especial puesto en relación con otras historiografías de interlocución. Era además, apelo aquí a la autoridad de Pepe Rilla, el hombre de una época del Uruguay, si se prefiere de un momento, aquellos años políticamente tan ambiguos de Alfredo Baldomir y más en general de la transición del terrismo a la democracia en el contexto de la “tormenta del mundo”. Que Pivel fuese un historiador faccioso como ha sido sostenido, sea. Sin embargo, me parece que su historia, como todas aquellas que en un momento se convierten en emblemáticas, va más allá de una parte y puede a su modo conciliar a más de una tradición política. Una historia que pusiese juntos del lado positivo, que para el no dejaba de ser el caudillista, a Rivera y a Venancio Flores, era toda una originalidad, que complejizase consolidadas dicotomías como “civilización y barbarie” o Montevideo y el Cerrito (por muy discutible que fuese su idea del “partido de los orientales” y de un sentimiento nacional y la utilización de ese criterio para distribuir justicia histórica), he ahí otros hallazgos interpretativos y he ahí las bases de otra autobiografía de la nación. Un historiador nacional, llamó Pierre Norà a Ernest Lavisse. La frase

puede aplicársele también a Pivel. De nuevo, en cualquier caso un tema articulador: la singularidad del Uruguay

Mi tercer clásico es diferente de los anteriores. Es el extraordinario libro de Carlos Real de Azúa "El patriciado uruguayo". Una obra muy diferente ya que más que venir retrasada historiográficamente venía adelantada. Ciertamente el libro era parte de un clima de época en tanto espejaba la relación entonces en alza entre historia y ciencias sociales. Empero, lo hacía desde un lugar que no era el más popular por entonces (aunque su principal referencia aludida fuese Wright Mills) ni en el método ni en el enfoque. Con su habitual inteligencia Tulio Halperín señaló tanto el parentesco del patriciado con la gran obra de Sir Lewis Namier (y se podría hacer lo mismo me parece con "Revolución y Guerra" del gran historiador argentino) como su aire nostálgico hacia el antiguo patriciado. José Pedro por su parte, en otro registro pero no tan disímil, solía decir que en Carlitos (como lo llamaba) siempre persistía por debajo un alma blanca y católica. Solamente que, por esos años y en la cultura historiográfica de la izquierda, aquella referencia y este elam, no eran precisamente los políticamente correctos. Es necesario recordar que eran los tiempos en que la figura de Hobsbawm (tenaz contradictor de Namier) ascendía y los ciclos artiguistas se multiplicaban. Que muchos no lo hayan notado dice bastante acerca del problema de la recepción y acerca de en qué medida unas frases adecuadas colocadas aquí o allá y una tomas de partido ocasionales pueden distraer la atención de los lectores.

En cualquier caso, el libro es muy innovador en el método prosopográfico que utiliza y en la interpretación que propone. Finalmente he aquí de nuevo disuelta, por otra vía, la dicotomía blancos y colorados, ciudad y campaña, para ser sustituida por otra tensión entre ese patriciado y los otros grupos sociales, o nuevos o populares. Un patriciado que, más allá de sus sucesivos desfallecimientos en la política, lograría, según Real, asegurar su preeminencia y su carácter de grupo de referencia hasta el arribo del mesocrático batllismo. Un libro, en cualquier caso, que me parece instructivo leer en secuencia con el de Barrán. Un libro que enfrenta y discute problemas (desde los terminológicos) que se debate entre asumidas incertidumbres y precauciones ahí donde no solo Bauzá

o Pivel, sino también buena parte de sus contemporáneos de los años sesenta, más seguros y menos cautos, había encontrado rápidas soluciones. En cualquier caso, se trató también como los precedentes de un libro individualizador, de nuevo el Uruguay como especificidad o como el mismo llamó en otro artículo, el Uruguay como reflexión.

En ese conjunto quisiera poner ahora la "Historia de la sensibilidad". Como aquellos fue un libro que representó una época no solamente uruguaya, aquella de la transición democrática, sino occidental. Como en aquellos su fuerza reside en haber sabido interpretar las señales de un tiempo cultural e historiográfico. A diferencia de ellos, en cambio, logró un eco de público notable. En los pocos momentos en que decía cosas a favor suyo señaló que al fin y al cabo, comparando la población uruguaya con la francesa el había vendido más ejemplares en relación con los potenciales lectores que ese gran best seller de la historiografía gala que había sido el "Montaillou" de Le Roy Ladurie. Logró ese eco porque encontró un público más amplio que simplemente el de los historiadores o el de los políticos intelectualizados. Lo hizo porque fue al encuentro de problemas que le interesaban e interesaban a mucha gente y no solamente a los practicantes de una profesión. Y no lo logró porque buscara deliberadamente un público sino porque lo que Dilthey llamó el motivo mayor del interés por la historia, la autognosis, coincidía aquí con el de tantos uruguayos coetáneos.

Cuál era ese clima que interactuaba con el libro de Barrán, y aquí se me permitirá espero conjeturar, era lo que puede ser llamado en forma pesimista el desencanto y en forma optimista, que fue la de Barrán, la voluntad de comprender de una manera más compleja un mundo que se había vuelto incomprendible para ciertas tradiciones intelectuales. Un mundo de ideas se caía a pedazos, el futuro y las utopías ¿qué sobrevivía de ellas? ¿Qué sobrevivía en ese Uruguay afortunadamente plácido, pero demasiado cansino e igual a sí mismo, de los primeros tiempos de la transición? El papel asignado por la teoría social a los actores no era cumplido por estos, tercios en no recitar los parlamentos que los científicos sociales y los historiadores teleologistas le había asignado. Si finalmente

los dominados seguían siendo dominados, ¿no habría que buscar en otra parte las razones? ¿No habría que mirar en profundidad?

Buscó auxilio en la historiografía francesa y encontró allí a la historia de las mentalidades, en aquella tradición Febvre-Mandrou, con aquellas prisiones de larga duración, por entonces historiográficamente ya declinantes. Su acendrado empirismo le evitó caer en la trampa que ese enfoque proponía. Como dijo, los datos no cuajaban en la voluntad de encontrar un rasgo compartido para todas las personas de una época. Encontró que el proceso era más complejo, que todo podía ser mirado, en unos pocos ratos desde una perspectiva uniformizadora pero en los más desde otra perspectiva que veía hasta qué punto lo que llamó, con cierta sana indecisión y aplicado a distintos momentos, “elites”, “clases dominantes”, “clases conservadoras”, “burguesía”, impulsaban un proceso para mejor consolidar su dominación. A su modo estaban dentro del proceso (a la manera en que Alberdi tal vez dijo de Sarmiento que se le veía el chiripá por debajo del frac) pero a su modo estaban fuera de él y lo promovían. De otro peligro lo salvó su inteligencia y su erudición, aquella de proponer una transición entre una sociedad tradicional o bárbara y otra civilizada (es decir alguna variante de las teorías lineales de la modernización). Por el contrario y no sin hesitaciones, e idas y vueltas en su pensamiento, el proceso terminó siendo mucho más el de dos procesos el de la sociedad civilizada y el de aquella bárbara que se mueven en contemporáneo a diferentes velocidades y en la cual la primera terminará por absorber a la segunda. También su buen sentido y su profesionalismo le evitaron caer en los juicios y tomar distancia de un proceso luchando con el mismo porque como él dijo de Real, él también tenía un alma abajo, laica y progresista, en el fondo bastante batllista.

De las vías posibles para encarar una nueva interpretación del Uruguay (que ese era el tema), una que por ejemplo vía Thompson o Agulhon llevaba a introducir una reflexión sobre los mecanismos concretos a través de los cuales se construyen la conciencia social y política o aquel que vía Ariès y Foucault se centra muchos más en los instrumentos que operan sobre los individuos, en la dominación y en la represión, eligió esta última. Nuevamente, sin embargo,

encontró en ellos algunas ideas y algunos temas que quiso compulsar con ese riquísimo material que había ido acumulando en las décadas precedentes mirados ahora con ojos nuevos. Y nuevamente por esa u otras razones se distanció de aquellas incitaciones iniciales. Es difícil negar la hostilidad a la modernidad que por distintas vías, culturales en un caso, ideológicas en otro, tenían Foucault y Ariès. Nada de eso hay en Barrán. Y aunque era demasiado buen historiador para decirlo a cada paso, se vio obligado a poner en una nota al pie del segundo tomo esta aclaración:

“Los términos víctima y victimario no deben entenderse como tomas de posición del investigador a favor de la sensibilidad “bárbara”, y condena de la “civilizada” por represora de las mismas. En realidad no hay posibilidad de ningún modelo cultural sin inhibir las pulsiones. En todo caso de lo que se trataba era de que ese modelo “civilizado” reprimía severamente algunas –la sexual, por ejemplo– y encauzaba otras a favor del “progreso” económico: por ejemplo, la agresividad y la violencia física transformadas en competencia y fuerte individualismo”

Por mucho que señalara, en una afirmación emparentada con una célebre de Gramsci, aunque probablemente no por influencia de éste, que el cura, el maestro y el médico eran los grandes fautores del disciplinamiento (Gramsci había dicho el cura, el maestro y el suboficial), no dejaba de conservar la ilusión iluminista en el poder emancipatorio de la educación y de la ciencia por encima de sus tiranías.

Así fue hilvanando una historia de la sensibilidad que se encontraba con las sensibilidades contemporáneas y es evidente cuanto lo ayudó aquí, en su original forma de historia de la vida privada, la temática foucaultiana de la sexualidad y los no pocos aportes que le hicieron sus amigos psicoanalistas, Daniel y Marcelo. Lo ayudó también Ariès en el tema del niño, la familia y la muerte (aunque sus soluciones eran otras, siempre la excepcionalidad uruguaya). No llegó de todos modos a atravesar el umbral de lo no conciente (aquello que Ariès llamaba el secreto). Su historia fue más una historia de los discursos y las prácticas y en muchos temas, como la muerte, parece haber estado más cerca de Delumeau que de Ariès (y ello implicaba una operación historiográfica muy diferente). Pero aún

quiso ir más allá y tal vez Bajtin o los documentos le sugirieron otros temas como el carnaval, la fiesta, el ocio.

Siempre tuve dudas, y las discutí con él y también recuerdo con Gerardo acerca de cuanto en realidad había penetrado en profundidad ese proceso disciplinador en el que tantos habían contribuido, laicos y clericales, burgueses y dirigentes proletarios, de José P. Varela a Mariano Soler, de José Batlle Ordóñez al periódico "Lucha Obrera". Siempre propuse la hipótesis de estudiar lo que alguna vez Juan Oddone tipificó con tanta gracia como la "curva de Maroñas". Que pasaba verdaderamente allí, en el suburbio. Con los años creo que me inclino a darles más la razón, en especial comparado con el caso argentino donde ese proceso civilizatorio o disciplinador fracasó y al menos fracasó desde el momento (por poner un ejemplo) en que la multitud enardecida arrancó los caballos del carruaje presidencial y lo llevó a pulso el 12 de octubre de 1916. Pero todos ustedes saben bien donde estamos los argentinos.

Sobre el otro proceso, aquel de la construcción de una sociedad burguesa, con sus reglas, sus normas, su empaque y sus represiones, creo que estábamos bastante de acuerdo. Finalmente los dos percibíamos que si esa revolución prometida no tenía lugar si lo tenía otra en la cual una sociedad cambiaba en sus pautas culturales aceleradamente, aunque no lo estuviéramos tanto acerca de cómo juzgábamos ese proceso desde el punto de vista del progreso social, al menos discursivamente (en el fondo éramos los dos buenos y pacíficos burgueses que amábamos la ópera y la buena comida y no estimábamos ni el carnaval, con perdón de Milita, ni la música popular, ni la "llamada").

Dos cosas más quisiera agregar acerca de este libro, La primera, que lo une a los anteriores, es una nueva interpretación del Uruguay colocada en otro plano radicalmente diferente, lejos de las dicotomías tradicionales, incluida una vez más la de civilización y barbarie que Barrán mira de un modo diferente (no se si más ancho) pero diferente de la tradición sarmientina. Otra es la elusión de las clásicas dicotomías, laicos y católicos, blancos y colorados. Finalmente la política y lo público bastante afuera y la sociedad y lo privado adentro. La segunda es una ruptura radical con la historiografía piveliana. Nada queda aquí de ella (más allá

del afecto y el reconocimiento que siempre lo unió a su maestro) salvo la escrupulosa erudición, el sumergirse en los hechos. Menos clara y más problemática es la relación con el libro de Real de Azua. Ciertamente los dos libros se articulaban en torno a ejes diferentes y no en vano Barrán disentía con la historia de la vida privada a la argentina tan centrada en la sociabilidad y las costumbres. Y sin embargo un diálogo podría establecerse entre ambos libros. Aquel patriciado renovado por la circulación de las elites, pero no totalmente, quizás conservó en sus valores, en sus pautas mucho más de lo que Real de Azua estaba dispuesto a admitir cuando hablaba de esa vida declinante, en las casas de la ciudad vieja o en las quintas del Prado que una vez me hizo conocer Cecilia Pérez. Quizás en sentido más amplio la mesocracia uruguaya era a su modo la democratización del patriciado conservando muchas de aquellas buenas maneras (y de los que el mismo Barrán era un ejemplo y el Teatro Solís otro o el Oro del Rhin, la confitería, otro) o al menos es lo que nos parece a los argentinos. Por otra parte como me dijo una vez, en el año 1990, cuando asumió el gobierno de Lacalle, el gabinete parecía el Cabildo de Montevideo de 1810. En otro plano también existe ese diálogo entre Real y Barrán y es en la operación historiográfica, aquellas incertidumbres temperadas de Real se hacen aquí plenas y es posible percibir en la obra de Barrán las permanentes oscilaciones de un historiador que trata afanosamente de poner un orden en el complejo desorden de la multiforme vida histórica. Nada de esquemático hay en esta obra. Véanse sus dudas que como gran historiador que era se negaba a suprimir acerca de las conexiones entre distintos ordenes de fenómenos (y subrayo su misma expresión “conexiones” no causalidades) o la posible prioridad de unos por sobre otros. A fin de cuentas, ¿que favorecía el disciplinamiento? ¿Las transformaciones del modo de producción (en sus términos)? ¿el proceso de modernización social? o ¿la voluntad de un conjunto de actores? Una obra en suma abierta que iba luego a decantar hacia muchos lugares en el mismo Barrán y que iba a generar una serie de libros propios y de otros inspirados en ella. ¿No es ese el destino de los clásicos?

Concluyo, no se que pensaba Barrán del después y en él de los póstumos homenajes que buscan combatir el olvido. Su vida era tan intensa, quizás porque sentía que se le escapaba y se desplegaba entre sus muchas pasiones -la historia, la música, la literatura, Alicia y Pedro, Nueva York y Las Flores- y quizás no pensaba en el después y hubiese hecho tuyas las estrofas célebres de Lorenzo de Médicis

*« Chi vuol esser lieto, sia:
di doman non c'è certezza »*

O quizás le hubiera gustado fabular que un día postrero estuviesen aquí reunidos amigos, colegas y discípulos y presentir en esa imagen anticipatoria la deuda de gratitud que tantos contrajimos con él.